

tistas que, primero el gobierno peronista y, luego, los militares que lo sucedieron impusieron sobre la sociedad argentina.

## Noche y nieblas

La sociología necesita la libertad de la sociedad civil para poder desenvolver su tarea. Allí donde existen regímenes que niegan la libertad, el sociólogo tiene problemas. El caso extremo ha sido el de los países con dictaduras totalitarias, que producen desde el Estado explicaciones sobre la sociedad. ¿Cómo estudiar las clases sociales en la Unión Soviética, cuando la doctrina oficial decía que no existían? ¿O cómo analizar los prejuicios en la Alemania nacional-socialista en tanto estos eran el nervio motor de su ideología? La opresión política impuesta en la Argentina entre mediados de la década del 70 y el fin de 1983 no se implantó junto con una rígida y bien formalizada doctrina de Estado. La defensa de los valores occidentales y cristianos, el interés en asegurar lo que denominaban la tradición nacional o, más en general, la preservación del orden social, fueron las muletillas ideológicas más frecuentemente utilizadas por los funcionarios del área cultural del gobierno de Isabel Perón y, luego, por sus reemplazantes de la dictadura militar. A tal punto estos últimos aguzaron su imaginación persecutoria que evaluaron la posibilidad de prohibir la enseñanza de las matemáticas modernas, impedir la circulación del libro *El Principito*, de Saint-Exupéry, o no permitir la entrada al país de una enciclopedia porque contenía un artículo sobre la dialéctica<sup>8</sup>. En ese clima cultural, no es sorprendente que la sociología fuera vista con sospecha por las autoridades militares, y que esto ocurriera con independencia de la politización que la misma había conocido en los años anteriores. Para la ideología simple de la dictadura militar, el estudio de la sociedad era, en sí mismo, un acto subversivo. El vaciamiento intelectual de todas las carreras universitarias de ciencias sociales fue total. La sociología desapareció de las universidades públicas, y en su lugar se dictaron cursos de fuerte contenido ideológico, que no fueron más eficaces por la mediocridad de quienes los impartían.

En esos años de «noche y nieblas», prácticamente el único ámbito en que se siguió desarrollando la actividad sociológica fue una serie de centros privados dedicados a la investigación en ciencias sociales, que pudieron subsistir gracias al apoyo financiero que recibían de fundaciones extranjeras y de agencias de cooperación de gobiernos de países europeos. El exilio de un buen número de sociólogos, la supresión de hasta el último vestigio de libertad académica en las universidades y la manera discrimina-

<sup>8</sup> Una cronología minuciosa de la represión ejercida contra la cultura en este período se encuentra en Avellaneda, Andrés: *Censura, autoritarismo y cultura: Argentina 1960-1983*, T. I, págs. 116-114, y T. II, CEDAL, Buenos Aires, 1986.

toria en que se manejaron los magros subsidios acordados por entidades oficiales dedicadas a estimular la investigación, hubieran llevado a la desaparición de la sociología de no haber mediado la existencia de dichos centros privados. El contexto represivo, la imposibilidad de constituir una comunidad científica amplia y libre para discutir los resultados de las investigaciones, la escasa circulación pública de la producción intelectual, no impidieron que se realizaran trabajos importantes y se acumulara una experiencia en la indagación sociológica, superior, en muchos aspectos, a la de etapas anteriores. En cierto modo, la búsqueda de nuevos temas, menos directamente referidos a los grandes problemas sociales, favoreció la mayor profesionalización de la investigación en sociología. En el caso de los estudios relacionados con cuestiones sociopolíticas, la necesidad de eludir el para nada hipotético ojo del censor, condujo a una mayor sofisticación conceptual, que mejoró la producción en comparación con la que había existido en otros momentos. En fin, cuando la dictadura entró en crisis, el aporte de los centros privados fue importante para el proceso de reconstrucción de la democracia y en ellos se contribuyó a pensar políticas para el futuro inmediato.

## Sociología y democracia

Nunca antes, desde que se practica y enseña la sociología universitaria en la Argentina, habían existido regulaciones políticas democráticas durante un período tan prolongado como el comprendido entre finales de 1983 y nuestros días. Las condiciones institucionales favorables que la disciplina tuvo en estos diez años no las encontró en ninguna etapa anterior. La época de Germani correspondió a un intento de democratización política mucho más vulnerable y que rápidamente reveló su carácter efímero. Desde 1966 en adelante, democracia y sociología, prácticamente nunca habían convivido. Sería equivocado sostener que todos los problemas que conoció la disciplina se debieron a la inestabilidad política permanente o a las dictaduras militares. Factores internos, propios de su configuración en tanto que campo intelectual, operaron en su crisis. En todo caso, la inestabilidad política global tuvo efectos que contribuyeron a complejizar ese campo intelectual primero y a desestructurarlo después. Pero mal podríamos hacer una explicación basada en un único elemento, por más importante que lo consideremos, para dar cuenta de un fenómeno tan complejo. Desde la disponibilidad de recursos económicos hasta algo en principio tan difícil de ponderar como es el valor social reconocido o acordado a la disciplina, juegan en las posibilidades de su desenvolvimiento.

La democratización del sistema universitario devolvió a la sociología su ámbito más significativo para desarrollarse como disciplina científica. La combinación de docencia e investigación, fórmula que permitió el crecimiento de la sociología en la época de Germani, sólo parece posible en las condiciones actuales del país en el seno de las universidades públicas. El pluralismo intelectual vigente en los últimos diez años en dichas casas de altos estudios fue mayor que el existente en cualquier otro momento anterior. Este aspecto es fundamental para el caso de la sociología, ya que en los últimos treinta años se desarrollaron varios paradigmas alternativos que hicieron a la disciplina mucho más compleja y conflictiva. La apertura democrática favoreció una renovación general de las ciencias sociales. La entidad oficial de fomento al desarrollo científico, el CONICET, amplió los nombramientos y subsidios para la investigación en sociología. Aun cuando esa entidad recibió a lo largo de estos años objeciones de sectores disconformes con su política, se constituyó, quizá por primera vez en su historia, en un referente válido para quienes realizan investigación en ciencias sociales. Esta creación o recuperación de espacios institucionales es una condición más que puede ayudar mucho, más allá de los movimientos y tensiones de coyuntura, a la institucionalización de la disciplina en el país.

El restablecimiento de la democracia ocurrió en medio de expectativas muy positivas del conjunto de la población y, por supuesto, de la intelectualidad progresista. Quedaban atrás años de indescriptible horror. Pero, como sucede siempre con todo cambio social o político, la dosis de fantasías sobre el futuro superaba necesariamente aquello que luego se convirtió en realidad. Lo que en España se llamó el desencanto democrático fue un fenómeno también presente en la transición argentina. Es difícil decir en qué momento se produjo la toma de distancia, en especial de los sectores de pensamiento progresista, entre las esperanzas sobredimensionadas puestas en el cambio y la cotidiana materialidad de su funcionamiento efectivo. Probablemente, el punto de inflexión se halló a mediados del gobierno del presidente Alfonsín, y desde allí en más se instaló un malestar e insatisfacción crecientes con respecto a las *performances* reales de las instituciones.

A comienzos de la democracia, muchos análisis sociológicos tuvieron un sesgo normativo que revelaba el interés en vincular la producción científica con el proceso de transformación política. Luego, con el desencanto antes mencionado, los estudios se beneficiaron al adquirir una mayor dosis de distancia y objetividad con relación a su objeto de análisis. Puede afirmarse que en las democracias estables es más fácil que en aquellas incipientes la diferenciación de roles entre el científico y el político. A tal extremo la política penetró con sus utopías y también con sus sanciones y persecuciones en el ámbito de las ciencias sociales en la Argentina que

deberán pasar, seguramente, aún varios años antes de que se afiance esa necesaria separación entre la práctica política y la práctica científica. Descenso democrático mediante, en el caso aquí analizado la tendencia parece encaminada en esa dirección, lo que puede posibilitar la consolidación de la sociología en el país.

Varios factores permiten reflexionar con cierto optimismo sobre el futuro de la sociología en la Argentina. Múltiples indicios muestran la orientación a la reconstrucción de un campo intelectual en el que colaboren y compitan quienes practican la disciplina, compartiendo valores y aceptando reglas del juego. Esa situación, ausente durante muchos años, comenzó a perfilarse a partir de 1984 y tendió a afianzarse desde entonces. La mayor centralidad de la universidad, en un espacio compartido con los centros privados dedicados a la investigación social, ha dado como resultado un entramado de interconexiones cuya lógica aún no ha terminado de configurarse, pero que augura un desarrollo auspicioso para la disciplina. Si bien los sociólogos que vivieron las etapas precedentes son portadores de sistemas, de predisposiciones o de hábitos que los hacen actuar, aun sin quererlo, según pautas de conducta que, en parte, desfavorecen la reconstitución del campo, cabe preguntarse si el cierto grado de conciencia existente sobre lo perjudicial que puede resultar la repetición de viejos estilos no funcionará como un elemento que los contrarreste. Este punto de vista podría complementarse señalando la emergencia de nuevos actores dentro de la sociología, pertenecientes a una generación que conoció, sobre todo, los perjuicios y las consecuencias negativas de la desestructuración del campo sociológico. En fin, las nuevas promociones de jóvenes graduados y de estudiantes de sociología revelan, también, un notable interés por el desarrollo de la disciplina. A diferencia de épocas anteriores, la poca inclinación por la política que muestran los más recientemente incorporados a la actividad sociológica puede contribuir al establecimiento de reglas bien definidas acerca de cómo se juega el juego académico. A condición de que esa poca atracción por la política no se convierta en un desinterés por lo social, la búsqueda de una identidad fuerte en tanto sociólogos podría ser la contribución más importante que la nueva generación aportaría a la construcción de un campo intelectual bien delimitado. Terminemos afirmando que sólo ese interés por lo social podría permitir el desarrollo de la sociología en la Argentina, ya que, como sostenía Emilio Durkheim: sólo encuentran algo en la sociología aquellos que quieren algo de la sociedad.

**Ricardo Sidicaro**